SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 15 DE ENERO DE 2006
Turismo 12

PLUMAS ARGENTINAS

Del cóndor al colibrí, todo lo que hay que saber para la observación de aves en la Argentina.

Noticiero

Verano porteño

Las piletas y complejos deportivos de la ciudad son una buena opción para atenuar el agobiante calor del verano porteño. Entre ellos, Punta Carrasco, ubicado en la Costanera Norte, es una alternativa para quienes buscan una combinación de aire libre con una moderna infraestructura recreativa. En sus 12 hectáreas junto al río, tiene tres piscinas clasificadas según su profundidad: una para bebés, otra para chicos y una mayor para jóvenes y adultos. La natación se puede combinar con el deporte, ya que cuenta con 6 canchas de tenis, 3 de padel, una de beach volley y otra de fútbol sobre la arena, 5 de papifútbol y 2 de bochas. Para aquellos que lleguen con niños hay un servicio de guardería gratuito los fines de semana. Un equipo de animación se encarga de organizar juegos en un parque con hamacas, toboganes y piscinas de plástico, y hasta les cambian los pañales a los bebés. Pero la animación no es sólo para los chicos, ya que alrededor de la piscina hay un equipo que se ocupa de entretener a jóvenes y adultos con música, baile, sorteos y también juegos. Frente al río hay una discoteca a cielo abierto al estilo de las de Porto Seguro en Brasil, donde todos los viernes y sábados se organizan fiestas con tres pistas bailables y diversas barras.

Lo que hay que saber: Punta Carrasco queda en Costanera Norte y Av. Sarmiento, frente a la cabecera sur del Aeroparque Jorge Newbery, a orillas del Río de la Plata y junto al muelle del Club de Pescadores. Tel.: 4807-1010. Los colectivos 33, 37, 45 (el ramal que va al aeroparque) y el 160 pasan por la puerta.

En cuanto a los precios, de lunes a viernes la entrada al sector de la piscina cuesta $ 8 para mayores, y $ 4 para menores. Sábados y domingos, $ 15 y $ 8. De lunes a viernes la entrada cuesta 50 por ciento menos después de las 5 de la tarde. El ingreso al sector de las canchas deportivas es gratuito. Los días de semana las reposeras se asignan de manera gratuita por orden de llegada. Los fines de semana se alquilan por $ 3. Las mesas y las sombrillas son de uso gratuito todos los días. En el stand de recreación también es gratis el uso de flotadores y colchones de agua para grandes y chicos, y juegos de mesa. El horario de piscina es de 9 a 20, pero el complejo deportivo está abierto hasta las 24. El precio de una estadía en el estacionamiento es de $ 5. Hay además un servicio médico permanente.

Junto a la piscina hay un restaurante de comida rápida donde se venden panchos, sandwiches y hamburguesas. Y a la derecha de la entrada hay una confitería con comidas al plato. No se permite ingresar alimentos a la zona de la piscina. Más información: *www.puntacarrasco.com.ar*



Vista aérea (la única posible) de cultivos de soja, girasol y maíz con diseño artístico.

CAMPO BONAERENSE *Turismo rural, pesca y arte aéreo*

La Niña despega

POR JULIAN VARSAVSKY

En el pueblo de La Niña, sus habitantes no se rinden ante las desgracias. Después de las grandes inundaciones que anegaron los campos, descubrieron que con el agua habían llegado los pejerreyes. Y con los peces, los pescadores y la actividad turística. Pero aquí no termina la imaginación, ya que se acaba de inaugurar en esas tierras una original mega-exposición artística con cultivos, cuyos diseños se admiran sobrevolándolos en una avioneta.

La Niña es un pueblo rural ubicado a unos 300 kilómetros de Buenos Aires cuya economía prácticamente se asfixió bajo las aguas de las inundaciones del año 2001. El golpe fue tremendo para los ánimos y la identidad local de los pobladores, muchos de los cuales se quedaron sin trabajo y tuvieron que emigrar. Pero en lugar de encerrarse a llorar la desgracia, un porcentaje importante de ellos –la población es de cerca de 500 habitantes– decidió buscar una reconversión económica a través del turismo.

En primer lugar descubrieron que los campos inundados se habían llenado de pejerreyes. En cuanto se corrió la voz, comenzaron a llegar en masa los pescadores y para darles alojamiento unas 25 familias se asociaron y abrieron las puertas de sus casas. Hoy, también los llevan a conocer algunas reliquias arquitectónicas de este pueblo perdido en el tiempo y les ofrecen comida.

¿COMO ES LA NIÑA? El pueblo tiene calles de tierra arenosa y un centro urbano de casas de ladrillo a la vista que están alrededor de una plaza arbolada con tilos de copa piramidal. En los alrededores se despliega una segunda serie de casas desperdigadas con huertas al frente y al fondo, una vaca lechera pastando en el jardín, un horno de barro y algunas colmenas junto a la bomba de mano para extraer agua del subsuelo en algunos casos. En total son ciento veinte casas de las cuales treinta son el típico rancho tipo “chorizo” de adobe reformado con ladrillos, que a duras penas se mantienen en pie e inclinados sobre un costado, luego de más de cien años de existencia (no tienen columnas sino un precario palo a pique que cede de a poco). Además hay muchos ranchos que se desplomaron de viejos, cuyos restos le otorgan un toque fantasmal a ciertos rincones del pueblo.

El lugar más interesante y significativo de La Niña es su centenaria panadería con paredes de adobe, donde lo verdaderamente extraño se encuentra del otro lado del mostrador, traspasando una pequeña puerta. Ingresar en la cuadra –el enorme galpón donde se prepara el pan– es un viaje en el tiempo: allí hay una gran mesa de madera para amasar el pan y detrás, el horno de ladrillos de ocho metros de largo por ocho de ancho que funciona a leña. El actual encargado de la panadería lleva 17 años preparando el pan en soledad. En un principio les alquilaba la propiedad a sus dueños, pero cuando éstos murieron ya no tuvo a quién pagarle. Y ésta es una de las singularidades del pueblo: no existen los títulos de propiedad de las casas. De hecho el pago de una escritura y de los impuestos superaría el valor comercial de estas casas.

ARTE EN LA CATITA Quizás uno de los exponentes más emblemáticos del inesperado e ingenioso giro turístico del pueblo es el establecimiento rural La Catita, ubicado en las afueras de La Niña. Sus dueños son Laura y Ricardo Gallo Llorente, un matrimonio que, ante la imposibilidad de plantar sus campos anegados, reacondicionó el casco para recibir turismo independiente y grupos de colegio. Y para estos visitantes, además del descanso y las actividades educativas según el caso, la propuesta es conocer de cerca y en profundidad la vida de campo y sus labores diarias, que van desde la inseminación artificial de una vaca hasta la desparasitación de un becerro en una manga de madera.

Entre los viajeros que visitan La Catita para disfrutar del campo, estuvo el año pasado May Borovinsky, una docente del Instituto Universitario Nacional de Arte. Una tarde, al comentar con Gallo Llorente un libro sobre *Land art*, es decir, intervenciones artísticas en la superficie de la tierra, el dueño de casa le propuso hacer algo similar en La Niña, un pueblo donde sus habitantes han desarrollado un sexto sentido para arreglárselas con lo que hay.

La docente llevó la iniciativa a su cátedra de Proyectual de escultura y le propuso a su titular Edgardo Madanes realizar una serie de obras de Landart como parte del trabajo artístico y pedagógico con los alumnos. Así se armaron los grupos de trabajo, hubo reuniones con expertos en geomensura y agricultura satelital, se habló con el arrendatario de las tierras –quien cedió el espacio por amor al arte y también para probar nuevas tecnologías–, y los alumnos y docentes hicieron un convenio con la Universidad de Buenos Aires para aprender rudimentos de agronomía. El proyecto comenzó a llamarse Fin de zona urbana y ya con los diseños en el papel, los artistas se fueron al campo. Después de superar algunas dificultades, se logró comenzar con la siembra de semillas en las parcelas que determinaron los artistas en un área de 76 hectáreas que hace apenas dos años estaban bajo las aguas. Para conseguir la variedad cromática se combinaron semillas de dos variedades de maíz –que crecen a diferente altura– y se plantó soja, que del verde de muy fuerte pasa al amarillo dorado y adquiere un color cobrizo cuando las hojas se caen. Ahora, además de producir soja, trigo y maíz, el sembradío es una especie de megaexposición artística al aire libre que se utiliza para vuelos turísticos desde el aeropuerto de la localidad de 9 de Julio



Turismo rural. Todas las actividades de campo en las tierras recuperadas de La Niña.

DATOS UTILES

Cómo llegar: Se debe tomar el Acceso Oeste hasta Luján, donde nace la Ruta 5. Luego seguir por esta ruta hasta el kilómetro 281. En ese lugar un cartel indica que un camino de tierra de 22 kilómetros lleva hasta La Niña. La Catita está 4 kilómetros antes de La Niña. Son 300 kilómetros desde Buenos Aires. La empresa de micro Chevallier llega hasta la cercana ciudad de 9 de Julio.

Dónde alojarse: En la actualidad hay en el pueblo doce casas de familia que ofrecen alojamiento. El precio es de $ 25 por día y por persona, con desayuno incluido. Centro de reservas: teléfono 02317-493-155. Sitio web: *www.lanina.com.ar*

En La Catita también se reciben huéspedes individuales como en cualquier estancia. Se cobra $ 80 por persona incluyendo una cabalgata, actividades en la cosecha y la manga, todas las comidas (lechón asado si se lo desea) y bebidas. En este caso el alojamiento es en el casco de la estancia, en cuartos con baño privado. Cuando son grupos de más de ocho personas se cobra $ 60 por persona (con pensión completa, utilizando piezas calefacionadas con camas-cucheta. Reservas: Tel.: 02317-493-013 Sitio web: *www.lacatita.com.ar* En el sitio web *www.findezonaurbana.com.ar* hay información artística sobre las obras.

Vuelos: En el aeródromo de la vecina localidad de 9 de Julio se realizan vuelos para observar la exposición y las zonas aledañas durante 40 minutos, por $ 35 por persona.



El majestuoso planeo de un cóndor encandila a cualquier viajero que viva la experiencia de contemplarlo.



Ecoturismo: la observación de aves gana cada

ECOTURISMO *Aves en la Argentina*

A vuelo de pá

Mochila a la espalda, binoculares en mano, la observación de aves es una de las que tiene en la Argentina paisajes y especies únicas. Una actividad que también conciencia sobre la necesidad de preservar la naturaleza. De la Patagonia al nor Mesopotamia al oeste, un vuelo rasante sobre diversos lugares para buenos avis

TEXTO Y FOTOS DE GRACIELA CUTULI

El vuelo de un cóndor, majestuoso y lento, sobre las cumbres de los Andes. El vertiginoso batir de alas de un colibrí con el largo pico clavado en una flor. El golpeteo continuo del pájaro carpintero contra un tronco. El avance sereno de los cisnes de cuello negro sobre la superficie de una laguna. Son todas instantáneas de una forma de turismo que logra aproximarse a la naturaleza, ingresando con precaución en el hábitat de las más diversas especies para observar la vida de los animales sin perturbar su entorno. El avistaje de aves –o *birdwatching*, el nombre inglés con que empezó a difundirse la actividad en los países anglosajones– es una de las formas de ecoturismo más difundidas en la actualidad, y trajo consigo una creciente conciencia de la necesidad de salvaguardar la diversidad de las especies a través de la protección de sus ámbitos naturales.

Para iniciarse en la observación de aves no hace falta ir muy lejos: basta con acercarse a reservas como la de Costanera Sur, Ribera Norte u Otamendi, a pocos kilómetros de Buenos Aires. Lo que sí hace falta es paciencia y silencio, ya sea que se vaya con grupos organizados –hay asociaciones que realizan cursos de observación de aves con salidas de campo incluidas– o en solitario: hay que aguzar el oído para descubrir el canto que delata la presencia de algunas aves, y tener la vista atenta para distinguir colores y plumajes entre los colores de la vegetación. En el equipamiento necesario, además de binoculares, cámara de fotos y cuaderno de notas, es buena idea llevar una guía de aves de la Argentina que permita identificar con mayor facilidad las distintas especies.

ALERTA ROJO En nuestro país existen unas mil de las aproximadamente 9800 especies de aves que hay en el mundo, de las cuales el 12 por ciento corre serio peligro de extinción. Aves Argentinas, una de las principales asociaciones dedicadas a la ornitología en Sudamérica, asegura que según el último "Libro rojo" internacional sobre aves silvestres en extinción, 39 especies presentes en nuestro país están amenazadas a nivel mundial. En particular hay dos especies en la categoría "crítica", que tienen un 50 por ciento de posibilidades de extinguirse en sólo diez años (para algunos especialistas ya se han extinguido o están prácticamente en vías de hacerlo). Se trata del playero esquimal, un ave migratoria que llegaba a las pampas; y el guacamayo azul, un loro del Litoral. También corren riesgos el pato serrucho y el capuchino de collar, ambos de la Mesopotamia. No son ajenos a este fenómeno la explotación de muchos ambientes naturales, el uso indebido de plaguicidas, los cultivos que avanzan sobre los pastizales nativos y la deforestación. Las aves van de la mano de su ambiente; quien cuida al uno, cuida también al otro. Y como no se ama lo que no se conoce, lo primero en el mundo de la observación de las aves es asomarse al conocimiento de las distintas especies y los lugares donde se las puede divisar. Hay que tener en cuenta que la distribución exacta de las aves en una región no siempre puede precisarse por completo, por un conjunto de razones que va desde su capacidad de desplazarse hasta los vientos, las inundaciones y otros factores. Por eso llevar un mapa e ir anotando siempre es un trabajo interesante. La observación de campo y la experiencia irán ayudando a distinguir cada especie y a conocer los grandes biomas argentinos, verdaderos paraísos del *birdwatching*: la selva misionera, las selvas del noroeste, Chaco, el monte, la Puna y Prepuna, la pampa y ribera rioplatense, el litoral marítimo y austral, la estepa patagónica y los bosques australes. Mientras tanto los más aficionados pueden sumarse a juegos como el Ornitlón, que se realiza periódicamente en nuestro país: se trata de una competencia de conteo de aves por equipos, cuyo objetivo es registrar la mayor cantidad de especies de aves en un lugar y tiempo definidos. Sólo para expertos.

BINOCULARES AL SUR Los bosques y lagos de la Patagonia andina son ideales para recorrer y avistar aves todo el año, pero la mejor época es tal vez entre mediados de septiembre y mediados de abril. El Parque Nacional Nahuel Huapi, el Parque Nacional Los Alerces o la ruta de los Siete Lagos, entre otras regiones, permiten divisar decenas de especies, algunas de ellas endémicas de los Andes patagónicos: se pueden observar variedades como el águila mora, el cóndor andino, el aguilucho común, el chimango, los halcones peregrino y plomizo, los jotes de cabeza negra y colorada, el caburé, la golondrina y el zorzal patagónico, la bandurria y el flamenco austral, el biguá y el cormorán imperial. Más al sur, el Parque Nacional Los Glaciares al-



El diminuto colibrí clava su largo pico en una flor mientras sus alitas vibran en el aire.



vez más adeptos en Argentina.

ájaro

s formas del ecoturismo despierta mayor oeste y de la stajes.

berga 145 especies, cinco de ellas "casi amenazadas" y dos "vulnerables" a nivel global, según las clasificaciones de Birdlife Internacional. Especies como el choique, el biguá, el macá, la garza bruja y la garza mora, el flamenco austral, los jotes, el cisne de cuello negro, el cauquén, el águila mora o el gavilán pueden encontrarse en la región. Los especialistas destacan que aquí se encuentran poblaciones importantes de especies amenazadas



en otras zonas de distribución, además de variedades raras o poco conocidas, que ofrecen todavía un terreno casi virgen de investigación y observación. Pero también encienden una luz de alerta: a la par del crecimiento del ganado, la erosión y la introducción de plantas exóticas, el hábitat de muchas aves corre el riesgo de modificarse y, en última instancia, de desaparecer.

También en su lado costero la Patagonia es un paraíso ornitológico. Empezando por lugares como la Isla de los Pájaros, junto al Golfo San José, la famosa isla que inspiró a Saint-Exupéry para *El Principito*, y que hoy es una reserva de acceso prohibido situada a 800 metros de la costa. Desde los miradores, sin embargo, se pueden observar las aves que anidan en la isla, y hay incluso operadores turísticos que ofrecen interpretaciones y avistajes en las zonas aledañas. Gaviotas, gaviotines, gaviotas cocineras y biguás nidifican todos los años en este lugar. Las costas de Puerto Pirámides también son ideales para observarlas, así como a los cormoranes y los vistosos ostreros de plumaje negro y pico rojo. Aves de paso como flamencos y petreles se pueden avistar durante la temporada de producción (septiembre-febrero), y por supuesto el pingüino de Magallanes es uno de los reyes de este tramo de la costa, con sus cientos de miles de ejemplares asentados en las costas de Punta Tombo. Más al norte, las costas de San Antonio Oeste reciben entre marzo y abril grandes bandadas de aves migratorias, de modo que la zona fue declarada parte de la Red Hemisférica de Reservas para Aves Playeras, y está ampliamente protegida para evitar daños a las aves y facilitar la observación. Entretanto, en el extremo sur de la Patagonia, la ría Deseado es una reserva natural de increíble biodiversidad, con islas donde viven gaviotas, cormoranes, palomas antárticas y pingüinos de Magallanes, y el Parque Nacional Monte León (Santa Cruz) alberga más de 47 especies de aves.

EL MUNDO SUBTROPICAL El norte de la Argentina tiene con qué competir a la hora de atraer a los ornitólogos y *birdwatchers*. No es para menos, si se piensa en lugares tan exuberantes como el Parque Nacional Iguazú, en cuyas selvas mimetizan pájaros de increíble belleza. Los senderos abiertos a través de los densos grupos de árboles permiten hacer caminatas guiadas, o bien desplazarse en vehículos especiales descubiertos que siguen con comodidad los senderos sombreados de verde. Cualquiera sea la modalidad elegida, la presencia del guía es clave para orientarse en un mundo de enorme variedad. La selva paranaense, aunque diezmada, alberga urracas comunes, el vistoso tucán, águilas copetonas, vencejos, picaflores, harpías (el ave rapaz más poderosa del mundo, en peligro de extinción), macucos y numerosas variedades de loros. Cerca de Puerto Iguazú, existe un centro de recuperación y recría de aves en peligro, que realiza programas de reproducción en cautiverio y cura a los animales heridos, funcionando como reserva educativa y centro de rehabilitación. Los Saltos del Moconá, también en Misiones, son otro lugar ideal para observar la avifauna de la selva paranaense. Y no se quedan atrás los espléndidos Esteros del Iberá, en Corrientes, donde reinan especies como el chajá, las garzas, cigüeñas, gallaretas, patos y otras aves: durante la navegación por los esteros es posible divisarlas y escuchar sus diferentes voces, como un eco que recuerda la importancia de la convivencia entre el hombre y la naturaleza. Recientemente también en Colón (Entre Ríos) se empezaron a organizar salidas de avistaje, de unas tres horas de duración, en grupos de seis personas: se realizan en los sitios cercanos a los arroyos de La Leche y Artalaz (incluso es posible alquilar equipos fotográficos especiales para la fotografía de aves). Allí se observan horneros, calandrias, teros, zorzales, benteveos, palomas, carpinteros y tacuaritas.

EN PARQUES Y RESERVAS DEL NOA El noroeste argentino ofrece un paisaje muy distinto, pero los observadores de aves también tienen allí destinos únicos. En Salta, uno de los lugares ideales

>>>



Un pájaro carpintero pica afanosamente un poste de alumbrado en medio de la pampa.

<<<


Observación de aves en el Canal de Beagle. Una forma de conocer el sur sin molestar a la naturaleza.

para el *birdwatching* es el Parque Nacional El Rey, a 200 kilómetros de la capital provincial. Viven allí más de 300 especies de aves pertenecientes a distintos ecosistemas, ya que el parque tiene gran extensión y variedad, favorecida por el aislamiento de la región. Hay varios senderos internos donde está permitido el avistaje de aves, como el camino de ingreso y la Laguna de los Patitos, rica en aves acuáticas (chiflones, garzas blancas, garzas brujas, patos maiceros y colorados). Se pueden ver también palomas, tucanes, bandurrias bayas, chuñas de patas rojas, teros, pavas de monte, chingolos y muchas otras especies.

Jujuy, por su parte, tiene en la Laguna de los Pozuelos un excelente lugar para ver y fotografiar aves: la reserva protege el ecosistema lagunar y sus especies endémicas, y se destaca sobre todo una importante colonia de coloridos flamencos. Hay que recordar que los ambientes de la Puna y la Prepuna tienen características particulares, con gran amplitud térmica, de modo que las especies que se adaptan son muchas veces endémicas, es decir, exclusivas de esta región (algunas gallaretas, el pato puneño, la guayata y otras variedades).

AVES DEL CENTRO ARGENTINO Tal vez la gran dificultad para los avistadores de aves sea elegir el destino, ya que la gran superficie y la variedad de ecosistemas de nuestro país multiplican los lugares. También las llanuras y sierras del centro del país son ricas en especies para avistar: hay salidas de observación de aves en el Parque Luro, a 45 kilómetros de Santa Rosa, donde se pueden seguir tres senderos de interpretación autoguiados y servicios de interpretación ambiental, y también en el Parque Nacional Lihué Calel, una zona de sierras de 200 metros de altura muy interesante desde el punto de vista de flora y fauna, pero también por las pinturas rupestres de los primitivos habitantes de la zona. Las sierras cordobesas son asimismo un ecosistema ideal para los *birdwatchers*: en las distintas estancias y centros turísticos de la zona se organizan salidas, y todo buen caminante que recorra los senderos de los valles de Calamuchita, Traslasierra o Punilla podrá divisar con relativa facilidad numerosas especies. Según la época –ya que hay aves migratorias– pueden verse, entre otros, horneros, calandrias, picaflores, cotorras, chingolos, zorzales, chincheros, tordos, teros, jilgueros, tacuaritas azules, sietecolores, jotes y golondrinas. En varios sectores de las sierras se hacen avistajes de cóndores, en particular en la Quebrada del Condorito.

La vecina San Luis, por su parte, no se queda atrás: en la zona de la Villa de Merlo se pueden observar alrededor de 200 especies, incluyendo águilas moras, carpinteros negros y de lomo blanco, zorzales colorados, reinas moras, jotes y halcones peregrinos. También hay cóndores, y se organizan salidas de avistaje tanto en las Sierras de las Quijadas como en las distintas estancias de la zona ●


Ostreros en Bahía de San Antonio. Una de las tantas especies que pueblan la costa argentina.


En lagos y lagunas del norte y el sur del país habitan los espléndidos flamencos rosados.

DATOS UTILES

■ Para preparar las salidas de campo, pero también para leer antes y después, conviene llevarse guías de aves (las hay generales y regionales). Entre ellas: Tito Narosky y Darío Izurieta. *Guía para la identificación de las Aves de Argentina y Uruguay*. Vázquez Mazzini Editores, 2003.
Santiago Inverti. *Aves de los Glaciares*. Buenos Aires, Parques Nacionales-Aves Argentinas, 2005.

■ Para realizar avistaje de aves en el Parque Nacional Nahuel Huapi se puede consultar al teléfono (02944) 15604740, e-mail: *info@trekpatagonia.com*

■ Avistaje de aves en la costa patagónica (Puerto Madryn): Bv. Brown 1070 - Tel/fax: (02965) 474110. E-mail: *agencia@titobottazzi.com*

■ Avistajes en Parque Luro: tel. (02954) 428582 / 15677347, Santa Rosa (La Pampa).

■ Avistajes en Colón (Entre Ríos): tel. (03447) 422114. E-mail: *fcraffo@hotmail.com*

■ Informes turísticos de la Secretaría de Turismo de Misiones, en Puerto Iguazú: Av. Victoria Aguirre 369, Puerto Iguazú (3370). Tel. (03757) 420800.

■ Informes turísticos sobre los Esteros del Iberá (Acceso Oeste de la ciudad de Mercedes): tel. (03773) 420100. E-mail: *munimercultura@ibera.net*

■ Avistajes y turismo en las Sierras de Córdoba: la Agencia Córdoba Turismo brinda información sobre prestadores y opciones de ecoturismo en su página web *www.cordobaturismo.gov.ar*



Desde las blancas terrazas de Casapueblo, los mejores atardeceres de Punta del Este.

PUNTA DEL ESTE *Las ondulaciones de Casapueblo*

Un blanco laberinto

El museo-taller, residencia y apart-hotel del uruguayo Carlos Páez Vilaró fue modelado de a poco por el artista con sus propias manos como una obra más de las tantas que ha creado con arcilla. El resultado es una especie de palacio fantástico lleno de pasadizos, callecitas internas, recovecos y terrazas, donde está abolida la línea recta.

POR J. V.

Páez Vilaró instaló su primer atelier en Punta del Este en la década del cincuenta –cuando "Punta" no era lo que es hoy–, en la vetusta torre de un molino sin aspas del cual fue semidesalojado. Más tarde el molino fue demolido para construir el hotel Conrad, pero Páez Vilaró ya había elegido otro lugar sobre los acantilados rocosos de una península, donde construyó una casilla de lata y madera de tablones que traía el mar con los vendavales. Así surgió la precaria estructura de La Pionera –aislada, sin agua y sin luz– que el artista recubrió con alambre de gallinero en 1960 para luego agregarle cemento y ampliarla como quien le va agregando alas a un castillo encantado.

En su atelier, el entonces joven bohemio moldeaba piezas de cerámica con sus manos y luego salía al aire libre para seguir moldeando –también con sus propias manos– la casa que habitaba. Para hacer esta tarea, usaba unos guantes de cubiertas de auto que él mismo diseñó, con lo cual pudo darle a la superficie de la casa una textura muy particular, donde además no había ángulos rectos. Páez Vilaró nunca estudió arquitectura y afirma que aplicó en su casa la "arquitextura", basada en el modelo del horno de pan. "Pido perdón a la arquitectura por mi libertad de hornero", dice el artista con orgullo desbordado sobre su propia obra, que evoca la imagen de las casas blancas del Mediterráneo, las de la isla de Santorini en el mar Egeo, e incluso las líneas anárquicas de Gaudí.

Uno de sus famosos visitantes, el poeta brasileño Vinicius de Moraes, dijo que Casapueblo era un laberinto griego, y que una vez adentro no se sabía si se estaba entrando o saliendo. Al recorrer sus varios pisos escalonados según los caprichos de la montaña, aparecen pasadizos cuasisecretos, grandes esculturas de madera y metal, terrazas panorámicas, recovecos sin salida y cúpulas que terminan en soles, lunas o delicados cuernos. El edificio es como un gran queso gruyère con planos redondeados, pérgolas de caña junto a las piscinas que balconean el mar abierto, y muros ondulados con líneas que hacen una comba inexplicable, convirtiendo a Casapueblo en una gran escultura habitada; la verdadera obra cumbre del artista, cuya inspiración se expande por fuera de los límites del caballete y del atelier mismo, que está ubicado en lo alto de la cúpula mayor del complejo. Hoy, Casapueblo tiene cinco salas de exposiciones y setenta habitaciones que conforman un apart-hotel temático donde se hospedan viajeros de todo el mundo.



El arte sorprende en cada rincón del museo-taller de Páez Vilaró.

CANDOMBE Y ARTE AFRICANO En la década del cuarenta, Páez Vilaró se integró a la vida del conventillo Mediomundo, un viejo caserón montevideano donde vivían familias de raza negra. Allí lo sedujo el universo del candombe y se dedicó a reflejar y recrear la estética de las comparsas y de los ritos africanos. Además de decorar la ropa de los lubolos, les pintaba la cara, los tambores y los estandartes, e incluso llegó a componer alrededor de trescientos candombes de carnaval. En el Museo-Taller de Casapueblo hay una completa muestra de pinturas y esculturas realizadas a lo largo de toda la carrera del "documentado" artista, que detallan cada aspecto de la cotidianidad y la cultura del negro uruguayo, incluyendo los cantos de cuna, las misas negras, los bailongos, los casamientos y los velorios.

Cuando Páez Vilaró dio por agotado el tema de la negritud en Uruguay, decidió partir en busca de las raíces, primero en los lugares más próximos como Bahía, República Dominicana y Haití, y luego en la "Madre" Africa, donde visitó Senegal, Liberia, Congo, Chad, Nigeria, Camerún... Durante su largo viaje, que llegó hasta Nueva Guinea y Tahití, pintó y talló máscaras de guerra, lanzas, fetiches y tótems, además de la selva y la cotidianidad de los masai, los papua, los samburu y los turkana, grupos étnicos con los que intercambió obras propias por objetos de arte africano que hoy integran la colección de Casapueblo.

En la actualidad, unas cien mil personas al año visitan Casapueblo, atraídas por el arte y la arquitectura de la singular construcción, pero también para admirar la puesta de sol más impactante de Punta del Este desde una azotea blanca donde no se ve otra cosa que el mar abierto

POR STEPHEN BAYLEY *



Organizada, caótica, indulgente y represora, Tokio justifica ser la "ciudad de contrastes", dice Stephen Bayley.

JAPON *En Tokio, la capital nipona*

Ciudad de contrastes

Tokio es por cierto una ciudad de contrastes. Si uno espera el misterioso Oriente, el mundo flotante, las plataformas para ver la luna zen y las geishas, se asombrará de lo occidentalizada que está. Pero si la familiaridad de los automóviles, ropa, edificios y bebidas induce al viajero a pensar que entiende lo que sucede... se equivoca rotundamente.

En Tokio, la superficie y la sustancia son muy diferentes. Los japoneses tienen un gran sentido de la belleza, pero ningún sentido de la fealdad. Grandes partes de Tokio se parecen a un barrio céntrico limpio y muy iluminado de Pittsburg. También existe el conflicto entre el espiritualismo y el materialismo. O, por lo menos, nosotros lo vemos como un conflicto, pero los japoneses quizá no. La misma cultura sostiene una reverencia por los delicados y exquisitos "poemas de la muerte" de los monjes zen y al mismo tiempo por las formas extremas de consumismo del planeta. Esos poemas eran pensamientos sobre la muerte inminente, como aquellos que escribió Hosshin en el siglo XII: "Viniendo, todo está claro, sin duda alguna. / Yendo, todo está claro, sin una duda. / ¿De qué se trata todo entonces?". Hosshin era iletrado, pero su maestro chino le enseñó a meditar sobre un símbolo en un círculo. Se dice que hizo esto hasta que "su trasero se pudrió y crecían gusanos ahí". Hoy en día los diseñadores japoneses aplican las mismas disciplinas a la investigación y el desarrollo de automóviles lujosos.

Hace casi 25 años visité Japón por primera vez. El viaje, con sus ocho horas de diferencia horaria, siempre fue una pesadilla, aunque un tanto menos ahora que se puede volar sin escalas en 12 horas. En 1981, Japan Airlines todavía volaba los antiguos, angostos Douglas DC8. Igual era necesario una escala en Anchorage, Alaska, antes de sobrevolar el espacio aéreo ruso. Obligado a despegar a una muy equivocada hora del día, la única concesión a la curiosidad cultural o intelectual en el hall de tránsito en Anchorage era un oso polar gigante en una vitrina de vidrio. Un cartel decía que después que mataron a la criatura, salió grasa líquida de pez de su boca durante varias horas (...)

Allá en 1981, cuando Lexus no existía, un automóvil lujoso en Tokio era un Toyota Crown negro de la era Hirohito. Era conducido por alguien que usaba guantes blancos y parecía que estuviera volando un hidroavión Nakajima. Los conductores de taxis todavía usan guantes blancos, pero el Lexus se ha convertido en un producto lujoso, por lo menos el equivalente a sus rivales europeos. Esto denota lo que Japón ha cambiado en un cuarto de siglo.

Allá en 1981 había hoteles occidentales lujosos, pero a menudo retenían el aroma de un período, como si uno estuviera hurgando los cajones de una antesala en el Palacio Imperial. Eso también cambió. Nos alojamos en lo que, gracias a Bill Murray, se ha convertido en uno de los hoteles más celebrados del mundo. El Tokyo Park Hyatt es la estrella de la película surrealista *Perdidos en Tokio* y el hotel preferido de Terence Conran, ningún ingenuo cuando se trata de impresionar con la hospitalidad (...) Hay un café y una pastelería en la planta baja, pero hay que subir los 42 pisos antes de encontrar la recepción. Y el famoso New York Bar and Grail queda diez pisos más arriba. La guía *Zagat* le da el más alto puntaje, pero lo más impresionante son las vistas y los precios asombrosamente inconmensurables. El servicio, la cordialidad, el confort y la calidad de los materiales son todos impecables. Todo el lugar huele a riqueza y eficiencia. Si uno se olvida de algo, regresa a su habitación desde el lobby y ya está prolijamente guardado. Tienen dispositivos secretos para escuchas, o bien los equipos de limpieza están ocultos detrás de falsos paneles en la pared. Los baños tienen más toallas, y más blancas y afelpadas que aun un sibarita en baños puede usar. No pude contar exactamente cuántas salidas ofrecía la ducha, pero chorros de agua llegaban a los lugares más sorprendentes. Fuera del área marmórea del baño, la actitud de tolerancia cero a la suciedad y el barullo era obvia en todos lados: estaban limpiando la parte de afuera de nuestras ventanas en el piso 47 el día en que soplaba un tifón.

Pero, por supuesto, hay un universo de otras razones para visitar Tokio, que se pueden resumir en hacer compras, comer, visitar lugares. Primero, la cuestión es cómo desenvolverse en esta ciudad que en realidad comprende diferentes ciudades. Está la "zona de la diversión" de Odaiba; Shinagawa con sus vestigios de lo antiguo; Shiodomo con la torre de televisión Tokio de 333 metros de alto, construida en 1958; Ginza, el bulevar eléctrico; Shinjuku, el área de torres; Shibuya, las elegantes tiendas; Ikebukuro con sus galerías de arte y el Salón del Automóvil Amlux de Toyota; Roppongi, vida nocturna; Akihabara, el hogar de la Ciudad Eléctrica; Ueno con sus templos y parques; Asakusa, donde dicen, el tiempo se ha detenido (...)

Sería imposible recorrer la loca y extendida Tokio en una visita de duración conservadora, de manera que es mejor pre-editar y concentrarse en pocas áreas, pocos negocios, unos pocos lugares y pocos restaurantes. Paseábamos por Ginza –engañosamente iluminado–, pero luego fuimos a explorar una esquina oscura en un callejón siniestro y entramos al bullicioso corredor de un restaurante que resultó ser el Old Okinawa, cuyo personal estaba vestido con trajes azules del período Edo, con vinchas y pescadores. Comimos orejas de cerdo con salsa picante, mondongo de cerdo, hocico de cerdo ahumado, orejas de cerdo y sashimi de cabra. Old Okinawa, por su parte, tiene una víbora de unos dos metros de largo en un jarro Kilner en el mostrador. Otras comidas memorables fueron en Fukuzushi, en Roppongi. En cuanto al tempura, la especialidad japonesa frita, uno debe ir al rústico Asakusa, donde Edokko sirve los tendones de langostinos rebozados sobre arroz en un interior discreto con olor a madera, detrás de cortinas.

Como ciudad de compras, Tokio hace que Londres o Nueva York parezcan puritanas. Se puede comenzar con una visita a Yodobashi Camera, lo que ahora se llama Electric Street de Shinjuku, para experimentar lo que ellos alegremente describen como "la vida multimedia total". Tienen dispositivos que uno no se puede imaginar; los precios no son especialmente competitivos, pero el espectro de los productos y la energía de la venta son totalmente intoxicantes.

La vida en la calle es tan increíblemente interesante que las convencionales recorridas por la ciudad parecen redundantes. Sería perverso obviar el Palacio Imperial y el Puente Nijubashi o el (reconstruido) Santuario Meiji en el Parque Shibuya's Yoyogi, pero nuestra excursión al folklore estuvo en esta ocasión restringida a Asakusa, la única parte de Tokio que mantiene el clima del bajo período Edo, cuando la vieja Kyoto todavía era la capital. Allí está el templo más antiguo de Tokio, el Senso-ji, construido en 628. Hay incienso en el aire y parejas sombrías en trajes oscuros. En Asakusa se encuentra la calle Kappabashi Dogugai, que tiene más de 170 negocios de accesorios de cocina donde les venderán una hoja de cuchillo katana para que puedan simular ser un samurai o un chef de sushi.

Pero, sólo para recordarlo, esto es el Tokio moderno y las cosas son un poco locas: en Asakusa también está la central de las cervecerías Asahi de 22 pisos, diseñada para parecer un espumoso vaso de cerveza. Aunque la posibilidad diaria de terremotos ha afectado la mentalidad de Tokio, la amenaza ha sido tratada a partir del perfeccionismo y el pragmatismo japoneses. Aun así, todavía se sienten perseguidos por la memoria colectiva del gran terremoto de 1923 que, con un terrible simbolismo, golpeó en medio de la temporada de cosecha. Desde su epicentro en la Bahía de Sagami, 1700 temblores emanaron durante los siguientes tres días. Los primeros fueron tan violentos que los sismógrafos en la Oficina Central Meteorológica se detuvieron. Había rumores de que potencias occidentales anónimas habían inventado una máquina de terremotos. Una teoría no comprobada, ya que la vieja y baja ciudad de madera igual se incendió, dejando a Tokio con el abrumador proyecto moderno que sigue hasta hoy.

Tanto ha cambiado desde 1981; tuve que retirarme al baño para reflexionar sobre todo ello. Un cuarto de siglo atrás, algunos hoteles todavía mantenían los lavatorios tradicionales japoneses, con recipientes separados destinados para las diferentes necesidades fisiológicas humanas. Esta era una poderosa fuente de ansiedad para los no conocedores. Ahora los mejores tienen el más perfecto símbolo que conozco del logro japonés. Es el increíble inodoro Toto Power. Estos vienen con rasgos más standard que un auto de lujo. Tienen asientos calefaccionados, un torrente de agua variable, un sistema de sonido, control de temperatura, bidet multifunción, un spray fino y un estimulante chorro de aire caliente para secar. Eventualmente, imagino, pondrán uno en un Lexus y, entonces, podremos tener una auténtica experiencia de Tokio sin salir del auto.

Tokio es inventiva, aunque tradicional. Organizada, pero caótica. Ordenada, pero anárquica. Indulgente, pero reprimida. Occidental y oriental. Tokio es una ciudad, en realidad, de fabulosos contrastes

* *De* The Independent *de Gran Bretaña. Especial para* **Página/12.** *Traducción: Celita Doyhambéhère.*